

# PUERTO RICO EVANGÉLICO

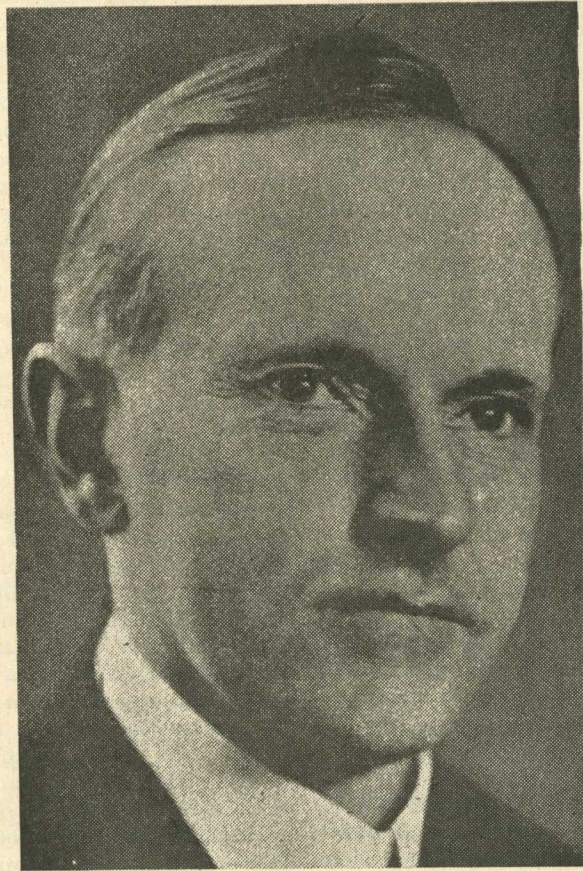
Pro Christo



Año XII

Ponce, Puerto Rico, Agosto 25, 1923

Núm. 4



CALVIN COOLIDGE  
Nuevo Presidente de nuestra Nación.

## Para los Niños

A cargo de Abelardo M. Díaz Morales.

### ALBANO, EL MARTIR BRITANICO.

Por el mismo tiempo en que morían por la fe de Cristo millares de cristianos españoles en la gran persecución decretada por el emperador Diocleciano, vivió y sufrió el martirio también un joven británico llamado Albano, el primer mártir cristiano de las Islas Británicas.

Roma había extendido hasta aquel lejano país sus dominios, y el Cristianismo había también echado raíces.

Albano nació en una ciudad fundada por los romanos, Verulamium, y allí pasó su infancia como cualquier otro muchacho británico. Cerca de su casa había un campamento de soldados romanos, de cuyos labios escuchaba absorto las historias que le contaban de las maravillas de Roma, la ciudad imperial, señora del mundo. Cuando llegó a ser hombre, fué a Roma, se alistó como soldado y sirvió durante siete años en una legión. En Roma le enseñarían a dar culto a los dioses del paganismo latino, y a reverenciar al emperador como si fuera divino.

Pero el amor a la patria le hizo volver a Inglaterra.

Por este tiempo, la antigua religión céltica se había casi extinguido, y el culto de Cristo iba llenando el país. En Verulamium había una pequeña compañía de cristianos, que tenían por pastor al presbítero Anfíbalo. El joven Albano entró en relaciones con él y le tomó sincero afecto.

En esto se desencadenó la persecución. Albano, que todavía no se había hecho cristiano, ofreció su casa a Anfíbalo para que se ocultara en ella, ofrecimiento que el pastor cristiano aceptó agradecido, pasando allí seguro y tranquilo algunas semanas. Largas conversaciones tuvieron acerca de la verdad cristiana, y juntos leyeron a menudo la historia de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. Pronto surgió en el corazón de Albano un amor profundo hacia el Salvador, aunque no declaraba todavía su nueva fe.

Un día, una compañía de soldados, con su oficial a la cabeza, se presentó a la puerta de la casa.

Habían llegado a saber que Anfíbalo estaba allí escondido e iban a prenderle.

Un esclavo corrió a dar aviso a su amo.

—Anfíbalo—dijo Albano,—es menester que te escapes. Quitate tu ropa y toma la mía. Este esclavo te guiará por senderos ocultos. Escóndete en el bosque, y de allí podrás huir de noche a sitio más seguro.

Cambiaron rápidamente de ropas, y cuando los soldados llegaron, se encontraron a Albano con traje de presbítero; tomándolo por Anfíbalo, le prendieron para llevarlo al gobernador romano.

Grande fué su enojo cuando se dieron cuenta de su error.

—¿Quién eres tú, si no eres el presbítero?—le preguntaron.

—Eso importa poco—contestó Albano.—Si lo que buscáis era un cristiano, no busquéis más, porque yo también lo soy.

—¿Te confiesas cristiano?—le preguntó el magistrado.

—Sí.

—¿Quieres dar culto al emperador?

—No puedo.

—Serás azotado.

—Sea así; mi Señor fué azotado por mí.

Le azotaron con varas, pero Albano no cedió en su valor ni quiso renegar su fe.

Aunque algo contra su voluntad, el magistrado le condenó a muerte.

Lo llevaron a un collado vecino, acompañándole en el camino muchos aldeanos que le amaban y lloraban por él. Cuando la comitiva llegó a la cima, Albano se arrodilló en el césped, y un soldado le cortó la cabeza con la espada. Así murió el primer mártir británico.

Pocos años después cesaron las persecuciones. En aquel lugar se edificó una iglesia, y algunos siglos después, un monasterio llamado de San Albano. La iglesia ha sido restaurada varias veces y existe todavía hoy, no como iglesia romana, sino como iglesia donde se da culto a Dios en el idioma del país.

—De "El Cristiano."

### TODO PARA BIEN.

Cuéntase en el Talmud, un libro que los judíos consideran casi tan sagrado como la Biblia, que el rabí Akiba, renombrado por su piedad, tenía la costumbre de decir a todo lo que le sucedía, fuera grato o desagradable: "Esto será para bien."

Obligado por la persecución, tuvo que abandonar su país natal y vagar como peregrino por tierras extrañas. Todo su equipaje consistía en una lámpara, que encendía por la noche para estudiar la ley divina; un gallo, que le llevaba consigo para que le despertara al amanecer con su canto, y el asno sobre el cual cabalgaba. Un día, al caer la tarde, no sabía donde iba a dar reposo a sus fatigados miembros, cuando llegó cerca de una aldea. Alegróse mucho de ver que estaba habitada, porque pensó que donde vivieran seres humanos se encontraría también humanidad y compasión; pero se equivocó. Pidió en varias casas alojamiento durante la noche, y en todas se lo negaron, viéndose obligado a buscar refugio en un bosque vecino.

—Es penoso, muy penoso— se decía,—no encontrar un techo hospitalario para protegerme de las inclemencias del tiempo. Pero Dios es justo, y todo lo que El hace es para bien.

Sentóse bajo un árbol, encendió su lámpara y se puso a estudiar la Ley. Apenas había leído un capítulo, cuando un viento huracanado le apagó la luz.

—¿Cómo!—exclamó—¿No me será permitido proseguir mi estudio predilecto? Pero Dios es justo, y todo lo que El hace es para bien.

Tendióse sobre el suelo pelado para conseguir, si era posible, algunas horas de sueño. Apenas había cerrado los ojos cuando vino un lobo y mató al gallo.

—¿Qué nueva desgracia es ésta?—dijo asombrado Akiba.—¿Mi vigilante compañero ha perecido! ¿Quién me despertará en adelante de madrugada para estudiar la Ley? Pero Dios es justo, y El sabe lo que nos conviene a los pobres mortales.

Apenas había acabado de hacer estas reflexiones, cuando vino un león y devoró al asno.

—¿Qué voy a hacer ahora?—se preguntó el solitario peregrino—Me había quedado sin lámpara y sin el gallo,